

DR. L. ADAM: *Jongste Politieke Ontwikkelingen in Tunisië*. Leiden, 1951

La decisión tomada por la O. N. U. al otorgar la independencia a la antigua colonia italiana de Libia para el 1 de enero de 1952, ha tenido una gran repercusión en Túnez, donde las aspiraciones nacionalistas, fortalecidas en el curso de una actividad de veinte años, parecen llamadas a encaminarse hacia el éxito en próximo futuro.

El autor del librito reseñado, que ya había dedicado un trabajo a Argelia, adopta el método histórico en el examen de los problemas analizados.

El «Movimiento para la Constitución» o «Destour» nació bajo la influencia del derecho de autodeterminación proclamado por Wilson. En 1934, una escisión de jóvenes del partido creó el Neo-Destour, el cual recibió fuertemente la influencia del Occidente, sobre todo de los partidos izquierdistas de Francia. El viejo Destour perdió terreno en el país por falta de dirección.

Después de una rebelión, el 9 de abril de 1938, en Túnez, la mayoría de los jefes del Destour (entre otros, Habib Burguiba, el caudillo más descollante) fueron arrestados y el Neo-Destour fué disuelto.

Acerca de la acción del Neo-Destour durante la ocupación alemana hay opiniones divergentes; pero, en general, se considera que colaboró intensamente, lo mismo que el Bey

Monzef. Después de la liberación este último fué destituido por el general Juin y murió desterrado en Pau, en el Sur de Francia. Horas antes de morir, el Bey llamó a su pueblo a la independencia. El cuerpo, trasladado a Túnez, fué objeto de un funeral apoteósico y el Bey es ahora venerado como el héroe y el mártir de la causa sagrada.

Burguiba, después de percatarse de que no llegaría a ninguna solución por la vía de las negociaciones con Francia, se escapó a Egipto, donde se incorporó a la acción de la Liga Árabe y colaboró con el Comité de Liberación de Abd-el-Krim, el cual reclama la independencia de todo el Magreb.

A continuación el autor examina las reformas introducidas en Túnez por los últimos residentes generales franceses después de la guerra.

El Bey actual se ha declarado solidario de los nacionalistas. El Partido Socialista Francés se ha pronunciado a favor de la independencia de Túnez. Hay, sin embargo, partidarios de un régimen de cosoberanía. De todas formas parece cierto que el régimen de Túnez se enfrentará, en los años venideros, con modificaciones estructurales.

Como ya lo hemos hecho constar, el trabajo del Sr. Adam se mantiene constantemente en la línea de la exposición histórica, dando un panorama completo de las relaciones francotunecinas. No se propone dar una

visión nueva ni prever el curso de los acontecimientos en el futuro. Su redacción también es sencilla y sigue la pauta fijada en trabajos de este género. Su interés es por lo tanto más

histórico que político o jurídico. No faltan algunos errores de importancia secundaria, como el llamar a Eduardo Daladier Presidente de la República francesa.—J. V.

A. BASSET, J. BERGHER, R. BRUNSCHVIG, M. CALVET, J. DESPOIS, E. GOBERT, H. IDRIS, G. et W. MARCAIS, G. PICARD, J. PIGNON, CH. SAUMAGNE: *Initiation a la Tunisie*. París, 1950. Adrien Maisonneuve. 398 págs.

Los mejores representantes de las diversas especialidades técnicas relacionadas con el país tunecino colaboran en una obra de conjunto que no sólo pone al día los datos más completos sobre dicho país, sino que muestran las características que le dan una fisonomía original propia entre el resto de las comarcas del Maghreb o Africa del Norte.

El libro muestra claramente cómo la tierra y el paisaje constituyen uno de los primeros elementos de diferenciación. En la altitud, mientras sus vecinos Marruecos y Argelia tienen respectivamente unas alturas medias de novecientos y ochocientos metros, además de estar influidos por altas cordilleras con el Gran Atlas y Kabilia, Túnez une a su escaso relieve de trescientos metros el aspecto de un suelo ligeramente ondulado y de colinas separadas por valles aplastados. También es característico el hecho de que el litoral tunecino se extiende a lo largo de mil trescientos kilómetros lineales, es decir, tanto como el litoral de Argelia, que en su parte habitada es nueve veces mayor. En ese litoral tunecino hay islas dependientes como Yerba y Kerkenna sobre un suave mar de poco fondo, mientras tierra adentro hay planicies y lagunas que el mar dejó al perder terreno. Lo mismo que no existe contraste de montañas y llanos ni de mar y tierra, también el clima tiene un tipo medio. Por lo cual se nota como caracterís-

tica física general la moderación y la apertura a las influencias del Mediterráneo.

En lo humano ocurre algo semejante. No existen allí las diferencias entre ciudades y aldeas que pueden notarse en el resto del Maghreb. Tampoco las cabilas son nunca unidades aisladas. Y los elementos raciales (berberes, árabes, andaluces, turcos y negros) están casi totalmente fundidos o en vías de fusión, dando un tipo medio de tunecino. Dentro de ese tipo medio (que es el habitante musulmán) hay también fundidos muchos elementos italianos, griegos, provenzales, catalanes, etc., que pasaron al Islam acentuando el mediterraneanismo de la mezcla humana general, pues incluso el fundador de la dinastía de los Beys «Muraditas» fué de origen corso, y hubo almirantes genoveses. A todo esto se une en los tiempos modernos y en lo referente a la relación de tunecinos con judíos, franceses, italianos, malteses, etc., un especial sentido de convivencia religiosa que no se limita a una mutua tolerancia, sino que en las clases populares llega a interpretación de prácticas devotas, y en lo más elevadamente culto tiene su más perfecta manifestación en el Instituto de Bellas Letras Arabes, donde los PP. Blancos son el centro del movimiento de «Amistades tunecinas» entre católicos y musulmanes.

R. G. B.

C. M. MAC INNES: *Principles and Methods of Colonial Administration*. London, 1951. Butherworth Scientific Publications. Un vol. de 274+7+9 págs.

Queremos desde el comienzo aclarar el contenido y naturaleza de este libro, verdadero *symposium* de problemas coloniales contemporáneos. La Universidad de Bristol, en colaboración con Calston Research Society, invitó a varios especialistas de las diferentes metrópolis a que expusieran las líneas directrices de la política ultramarina de sus países; y a la vez encargó a otros especialistas de exponer la situación actual de ciertos grandes problemas comunes a todos los países con responsabilidades allende los mares ante países con ellos dependientes. Todos esos estudios fueron recogidos en este volumen, prologándolos el Profesor Mac Innes, que ha recogido las principales observaciones que siguieron a la exposición de cada trabajo. Con esto el lector habrá formado idea exacta de la naturaleza de la obra, extraordinariamente útil como «puesta en punto», pero muy desigual respecto al valor interno de los diferentes trabajos, como sucede a estas compilaciones forzosamente heterogéneas. Añadamos ahora el reparo de que faltan algunas políticas coloniales menores, pero no despreciables: las de España, Italia, Dinamarca y los Dominios, que hubieran aportado al conjunto variantes dignas de tenerse en cuenta.

Individualicemos el anterior contenido. Como es lógico inicia la obra E. W. Evans con un estudio sobre los principios y métodos de Administración en el Imperio Colonial Británico. Estudio excelente, pero sobrio en demasía, acaso por la gran cantidad de modalidades concretas que en otro caso hubieran tenido que recoger. Sigue un estudio retrospectivo de la política colonial de Francia, por E. Revert, quizá excesivamente orientado hacia el pasado, acaso por las notorias dificultades en precisar ciertas características del presente, todavía

confuso, de la Unión Francesa. Guy Malengreau expone luego la política colonial belga, sin grandes pretensiones. Holanda ocupa tres estudios nada menos: uno del Profesor Logeman, relativo al Libro Naranja sobre Indonesia, un poco detallista para el conjunto. Otro del Dr. Meijer sobre los propósitos y realizaciones de la política colonial holandesa en Indonesia. Y un tercero de la señora Felhoen-Kraal sobre la Administración en las Indias Occidentales holandesas. A Portugal, para exponer sus principios y sus métodos de administración colonial, le representó el Profesor Marcelo Caetano, bien conocido de los lectores de CUADERNOS. Y los Estados Unidos, para exponer su gobierno en las «Overseas Dependencies» (¡nada de colonias!), Klares Know.

Más interesantes si caben son los estudios consagrados a los problemas comunes más característicos del ultramar contemporáneo. El primero, del Profesor Paul Aldoy sobre el nacimiento del nacionalismo ultramarino. Del Profesor Marzoratti sobre la colaboración entre las potencias coloniales —altamente sugestivo en ideas y consecuencias—, de Jacques Laudry sobre el fomento económico de Ultramar. De L. A. Ganet Read, sobre la cooperación en los territorios no autónomos; de T. S. Sinay, sobre el avance social en éstos. Cierra el conjunto el Profesor Longeman, ya citado, con un estudio de principios y promesas titulado *Un mundo y la diversidad de culturas*, en el que se equilibra la prudencia y la experiencia —últimamente amargas— del autor con las ilusiones que el momento mundial impone a quienes no quieran disonar de las corrientes democráticas en curso.

Naturalmente, el lector no encuentra los datos que desearía sobre todos los problemas abordados. Ni en las discusiones las preguntas u observa-

ciones que espontáneamente le sugiere la lectura de cada trabajo. Determinados problemas fueron deliberadamente eliminados del *symposium*; acaso los más vivos. Pero, con todo, el texto —en francés o inglés, se-

gún el idioma originalmente empleado por cada participante— resulta valioso y útil, ya que la mayoría de los trabajos de una naturaleza equivalente que conocemos se remontan a fechas anteriores.—J. M. C. T.

ISIDRO DE LAS CAGIGAS: *Minorías étnico-religiosas de la Edad Media española III. Los Mudéjares* (tomo II). Madrid, 1950. Instituto de Estudios Africanos. 320 págs.

Quando se publicó el tercer volumen de la extensa obra del Sr. De las Cagigas, que es a la vez el primero de mudéjares, se destacó en estas páginas el interés general que toda la obra presenta como nueva e interesante perspectiva para enfocar el estudio del panorama completo de toda la Edad Media española, cuyo tema principal fué precisamente el de las relaciones entre diversos sectores humanos, tanto raciales como religiosas. El momento central y esencial de todas esas relaciones fué el del mudejarismo, sin el cual no puede comprenderse lo más característico de los orígenes de la cultura española. El tomo anterior exponía el planteamiento del mudejarismo dentro de España cristiana. El que hoy reseñamos dedicado al avance reconquistador y al reino mudéjar granadino, no sólo continúa una labor de investigación erudita histórica que ya ha alcanzado gran notoriedad entre los especialistas, sino que resulta además una completa monografía del período que dió su más acentuado carácter a la ciudad de Granada. Siendo evidente la importancia y el significado excepcionales de que aparezca un texto exacto sobre la época y el sitio en que el hispano-islámico medieval a la vez más célebre y más deformado por las interpretaciones poéticas legendarias o simplemente capichosas. Por ejemplo, suele en la Granada de la Alhambra exagerarse el exotismo «orientalista», descuidando su sustrato español peninsular, que en el tomo II de Mudéjares se pone de re-

lieve en gran parte de sus páginas. Como, por ejemplo, cuando se recuerda el origen local de la mayor parte de los habitantes. O cuando se recuerda que los musulmanes granadinos no usaban nunca turbante. También fué característico el hecho de que el reino granadino tributario de Castilla actuase muchas veces como una especie de satélite de este reino, y que incluso los Reyes cristianos de Sevilla concedieran a los islámicos de Granada el escudo que ornaba las paredes de sus palacios.

El estudio de las instituciones políticas y sociales granadinas que se hace en el capítulo séptimo es algo hasta ahora casi completamente desconocido que pone en su sitio los hispanismos locales y los demás acontecimientos históricos, con tal precisión de datos que a la vez constituye una estampa viviente. Debiendo señalarse a la vez que en otras dos publicaciones recientes del mismo D. Isidro de las Cagigas en el Instituto de Estudios Africanos, se aportan precisiones complementarias al período granadino. Una de sus publicaciones se titula *Andalucía Musulmana* (Aportaciones a la delimitación de las fronteras del Andaluz). Y la otra es una conferencia sobre «Un viajero egipcio del siglo XIV en el reino de Granada», publicada en el núm. 14 de los *Archivos* de dicho Instituto. En ellos se precisa el aspecto de la ciudad del Darro y el Genil a la vez que quedan puestas de relieve sus abundantes conexiones con Marruecos.—R. G. B.

HELMÁNTICA: *Los tres pensadores griegos sobre el fenómeno colonial*. Salamanca, abril-junio, 1950. Núm. 2.

La complejidad de la vida actual nos está llevando, en nuestro afán de estudiar bajo nuevos puntos de vista inéditos, a sorpresas que, a veces, resultan sumamente gratas y sugestivas. Tal me acaba de ocurrir ahora con un breve ensayo de nuestro conocido economista Román Perpiñá Grau, publicado en la revista *Helmántica*, de Humanidades Clásicas, que titula *Los tres pensadores griegos sobre el fenómeno colonial*.

Estos tres pensadores son Píndaro, Platón y Aristóteles. Hace un siglo, cuando la economía hacía furor y cada autor buscaba nuevas teorías con que atraer la atención hacia sí, nadie hubiese sospechado que los nombres más destacados de la Hélade pudiesen mezclarse con la cosa económica. Pero de Perpiñá Grau, hombre polifacético, buen helenista, y más que helenista apasionado del pensamiento griego, muy atento siempre al hecho colonizador que trata de investigar desde ángulos no sospechados (no olvidemos que es profesor de Colonización de la Universidad de Madrid y rector de Estudios Coloniales), podía esperarse esta feliz amalgama que enlaza ágilmente la idea naciente de la colonización histórica con las realidades del presente; como el alfa y el omega encierran toda la sabiduría del mundo, con sus siglas misteriosas, que hizo suyas el posterior cristianismo.

Hoy en que parece claudicar todo el sistema colonizador que montó el siglo pasado y que indudablemente se va hacia nuevas fórmulas de relación con los pueblos que, con falso pudor de explotación, se venían llamando atrasados, es el momento más indicado para volvernos otra vez a la infancia del fenómeno colonial griego que acaso no fué siempre bien estudiado y, desde luego, no bien compren-

dido por los pueblos imperialistas, ávidos de primeras materias exóticas, y por aquellos otros que les habían seguido con procedimientos que hoy resultan totalmente inadecuados e inactuales.

El «fenómeno de propagación» en Píndaro, acaso no estudiado hasta ahora con la clarividencia con que lo hace Perpiñá Grau, es un punto de arranque originalísimo para su teoría subyugadora de las generaciones anfigónicas (individuos) y monogónica (pueblos). El símbolo originario de la piedra o roca generativa lo recogió la Iglesia católica, como nos lo prueba cumplidamente el ensayista, y de este modo el mito de Decaulión píndarico renace con nuevo acento en la Sagrada Biblia, a través del Pentateuco y del verbo cálido de Daniel, hasta penetrar en la mente prodigiosa de San Agustín. Estos enlaces misteriosos de los versos proféticos del vate griego que irradian hasta *La Ciudad de Dios* agustina, no creo que hayan sido presentados con tal orden, con tan rígido sistematismo como en este ensayo que tengo sobre mi mesa. Hallarlo y exponerlo supone y presupone una meditación reconcentrada admirable.

Quando aún estamos sumidos bajo esta concatenación de ideas, irrumpe Platón en su teoría de la colonización. Para Platón ésta no más que su propia teoría del Estado. «Su doctrina —dice Perpiñá— es la doctrina misma de la fundación, estructura, constitución y gobierno del Estado-Nación derivada de sediciones, exilios o destierros. Tal resulta ser la clave de la propagación de pueblos platonianos, cuya estructura abarca y comprende, con todo su idealismo, la causa económica, la defensiva, la jurídica, la

político-social y la religiosa. Cinco estructuras perfectamente sistematizadas, esenciales en todo hogar y, por ende, en todo pueblo.

La sencillez con que nos ha expuesto los antecedentes platónicos conduce lógicamente a Perpiñá para presentarnos el sentido aristotélico de la colonización. Aquí ya se la considera como medio de prevenir revoluciones interiores, saneando el equilibrio del cuerpo social; pero siempre obrando en beneficio, tanto del propio Estado que los expulsa, como de los mismos desterrados. Por ello interpreta que la obra perdida de Aristóteles, que trataba sobre la colonización y cuyo título no ha sido sabiamente interpretado, debiera ser algo así como *Del hombre alejado o de la colonización*. Es decir, que el criterio del estagirita, tanto en su perdido diálogo como en su *Política*, viene a resultar coincidente con el sentido platoniano; aunque este último fuera más inexorable que el de aquél en su expresión. Acaso entre uno y otro mediara el idealismo

de Platón contrarrestado por la realidad política de Aristóteles.

Probablemente el lector de esta apresurada recensión no quede muy enterado del pensamiento-guía del ensayista al leer estas líneas. Hay tal plétora de doctrinas y de sugerencias en los apretados conceptos de Perpiñá, tal gracia manejando etimologías inesperadas y tal inducción filológica en muchas de sus atrevidas ideas, que sólo leyendo detenidamente el trabajo original sabrá apreciar el investigador cuánto hay de nuevo en esta materia tan vieja como es la colonización. Sabrá apreciar lo mucho que se dice y luego, casi sin querer, le obligará a pensar sobre lo que ha dicho. Privilegio que muy escasos estudios suscitan con la profundidad y con la amplitud que el ahora comentado.

Bueno para razonar y pensar. Tal hubiéra sido la calificación que le hubiésemos dado en el caso de que hubiéramos tenido autoridad para ello.

ISIDRO DE LAS CAGIGAS

EMILE DERMENGHEM: *La Vie de Mahomet*. Editions Charlot. 320 págs.

No es esta la primera obra de carácter musulmán emprendida por el autor. Sus trabajos constan de una *Vida de Santos Musulmanes*, de *Cuentos Cabileños* y *Cuentos Fasis*, escritos estos últimos en colaboración con escritores musulmanes. Quizá debamos a su inclinación hacia estos temas o a una pluma naturalmente experta, o a ambas cosas a la vez, el que Emile Dermenghem se desenvuelva con tan perfecta claridad y amena erudición en una época que es un complicado mosaico de religiones, sectas, castas y tribus, dificultada más aún por los nombres árabes, para enfrentarnos con la figura de un «hombre de cuyo mensaje vive una parte de la humanidad».

No tiene el Profeta musulmán ni

una personalidad ya asentada ni una voluntad muy firme aun cuando empiezan a manifestarse en él los primeros síntomas de su vida interior. Dermenghem nos muestra a un Mahoma confundido y aterrado de sí mismo ante esas revelaciones, más tarde indeciso ante el rumbo que habrá de dar a sus actos antes de pisar, ya sin desmayo, la ruta que seguirá a lo largo de su vida, tan pronto se siente investido de la misión que de él exige Dios. Y dos reacciones también, de distinta naturaleza, que delimitan netamente los primeros años de sus enseñanzas de aquellos en que su doctrina quedó definitivamente establecida como una religión. El Mahoma de La Meca, «El Enviado de Dios», opone a sus detractores, a los que le per-

siguen con sus violencias y sus sarcasmos, una paciencia y una bondadosa humildad que aumenta más aún el número de sus adeptos «entre los pobres, los débiles, las mujeres y los esclavos». Trece años de sinsabores entre luchas cruentas y treguas y entonces se impone al espíritu sumiso de Mahoma, su temperamento de combatividad. Burlando a sus enemigos abandona La Meca que vio nacer el Islam, y en Medina, que lo vio triunfar, se instala con los primeros fieles emigrados. En Medina es donde surge el Mahoma de la segunda época, polifacético y emprendedor: es a un tiempo el Profeta, el legislador, el guerrero que dirige la batalla de Badr contra los koraichitas venidos de La Meca para terminar con él, y cuya victoria fué el gran impulso, el empuje decisivo dado a la religión naciente. Mahoma sigue siendo «el hombre para quien existe el mundo interior»; pero ha debido arremeter contra la realidad, y entonces, «realista de una manera absoluta, no logrará sino mejor sus propósitos cuando habrá de imponerse al mundo exterior». Muchos de sus actos, algunas de sus re-

acciones podrían chocar con nuestra mentalidad. El mismo autor nos lo advierte para no hacernos extraña, en determinadas circunstancias de su vida particular y pública, la figura del fundador del Islam, que debe ser observada con toda objetividad, viendo en ella lo que pueda tener de genial, de inspirado también, un ser de humildísimo origen, sin instrucción alguna y que difundió su doctrina y su legislación que perduran incólumes al cabo de catorce siglos.

La obra de Dermenghem se hace merecedora de una crítica más honda y más extensa. Lamentamos tener que reducir nuestros elogios por falta de espacio y limitarnos a felicitar a este autor por la pulcritud de su obra: una base perfectamente asentada en torno a la cual se desarrolla, y lo repetimos, con toda claridad, que es ahí su más elogiable cualidad, la vida de Mahoma, su obra, sus contemporáneos vistos con un espíritu en todo punto imparcial. Es este un libro de una gran movilidad, de un interés sostenido a lo largo de sus páginas, de estilo ágil y de fácil lectura.

M. M. E.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS: *La Alhambra y el Generalife*. Editorial Plus Ultra. Madrid, 1950. 160 págs.

El Sr. Torres Balbás, que fué arquitecto y director de la Alhambra durante los años en que se realizó la labor total de consolidación, reparación y restauración prudente del famoso conjunto monumental granadino, y que ahora es catedrático en la Escuela Nacional de Arquitectura a la vez que miembro del Instituto Miguel Asín Palacios, como investigador erudito sobre arte hispanomusulmán, resulta por varios motivos la persona única para definir con exactitud a la Alhambra y al Generalife. De aquí se deduce el excepcional interés docu-

mental que tiene el libro publicado por él en la colección «Lo monumentos cardinales de España». Nunca como ahora puede emplearse con más propiedad y exactitud aquella manoseada frase de que: «viene a llenar un gran hueco», pues aunque son muchos los libros publicados sobre ese tema en español y otros idiomas, hay veces que la sequedad de la exposición responde sólo a las necesidades de una guía turística, y otras veces existe el peligro de que la fuerza de evocación soñadora poseída por los nombres de Granada y su Alhambra

haga que en la descripción se deslice lo legendario para revolverse con lo verdadero.

El libro de Torres Balbás tiene como principales características las de la exactitud y la claridad, siendo por eso tan útil para quien llega por vez primera a visitar los citados monumentos como para quien desde lejos quiere conocerlos o recordarlos cómo son y cómo fueron. La presentación es de un estilo narrativo, y acompañado de abundantes fotos que no disimulan ni borran la exposición técnica, sino que la subrayan. En esa presentación se consideran por separado las cinco distintas partes del conjunto estudiado, que son: I. El recinto y puertas. II. La Alcazaba. III. La plaza de

los Aljibes con el Palacio de Carlos V. IV. La Casa Real vieja. V. El Generalife.

A lo largo de toda la exposición se destaca el hecho de que la Alhambra y sus anexos no fuesen un palacio aislado, sino una pequeña ciudad entera incrustada dentro de la ciudad mayor, de Granada. También se observa cómo allí el agrado de los jardines no era sólo un adorno, sino un elemento necesario que servía para destacar y afianzar las líneas de lo constructivo. Y en general puede decirse que queda aclarado lo que significaron los monumentos musulmanes granadinos en sí y en relación con la ciudad en que se edificaron, así como el momento en que se edificaron.—R. G. B.

FRANCOIS CROUZET: *L'Economie du Commonwealth*. Presses Universitaires de France, 108, Boulevard Saint-Germain. París, 1950. 135 págs.

Esta obrita de divulgación, objetiva, bien documentada y amena, no se cuida de examinar los problemas constitucionales de esa asociación voluntaria de Estados independientes que es la Commonwealth. Su finalidad es estrictamente hacer el recuento de sus recursos y estudiar su estructuración económica, como advierte el autor en el prólogo.

No obstante, los problemas económicos que se plantean para la Gran Bretaña, piedra angular de esa edificación, como consecuencia de su situación entre las grandes potencias mundiales, y la interdependencia de los problemas propios a cada una de las unidades que constituyen la Commonwealth, ha llevado a M. Crouzet a enfocar el tema desde el punto de vista del lugar que ocupa en la economía mundial esa asociación de 560 millones de habitantes que se extiende por una superficie de 31 millones de kilómetros cuadrados.

El método expositivo de *L'Economie de la Commonwealth* no se apar-

ta del plan de conjunto señalado. Así, la primera parte de la obra estudia los diversos aspectos de la economía de la Gran Bretaña (mano de obra, problemas agrícolas, etc.), una vez apuntadas estas facetas particulares en un excelente capítulo titulado «Données de l'Histoire» que resume el pasado y la consecuente actualidad de la situación inglesa, que desde 1945 M. Crouzet ve como «difícil, precaria, amenazada por un derrumbamiento de su nivel de vida, por la ruina de su potencia económica y política».

En cuanto a la Commonwealth, su división en Dominios e Imperio colonial no es válida en lo económico. En este terreno los Dominios asiáticos y las colonias se enfrentan con los «viejos Dominios» (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Africa del Sur). Estos se interesan cada día más por el mercado mundial en perjuicio del solo mercado británico y permanecen en definitiva indiferentes a los proyectos de autarquía imperial. En cuanto a los Dominios asiáticos y las colonias, los



planes estudiados para su revalorización y explotación corren el riesgo de tropezar con dificultades técnicas (falta de mano de obra especializada y de comunicaciones, etc.) y de que dichas dificultades provoquen la exasperación de los nacionalismos latentes.

En resumen, el porvenir de esa unidad económica que la Gran Bretaña ha

vuelto a crear en la Commonwealth, la más amplia zona del mundo donde reinen hoy la libertad de pagos y la convertibilidad, depende de la supervivencia de la misma Gran Bretaña en el orden económico. «Políticamente y económicamente la crisis de la Commonwealth no es otra en el fondo que la crisis británica».—C. M. E.

PIERRE KELLER: *La question arabe*. Presses Universitaires de France. París, 1948. Un vol. de 128 págs.

He aquí un librito que promete mucho y luego no suministra francamente lo prometido. No por la forzosa brevedad que sus características imponen a su contenido: la condensación de datos puede ser tan útil como su extensión, sino por la desigualdad en aquéllos, tarados con el defecto originario de querer abarcar demasiado. Así el libro intenta presentar al lector a los componentes de la Arabidad—suelo de su «habitat», raza, tradición y civilización— que desde el primer momento se entremezclan con el Islamismo. Esa presentación le permite saltar hasta la I Guerra, cuando cayó el dominio otomano y surgieron tronos y mandatos árabes por doquier. De donde pasa a una breve historia de unos y otros en el período 1919-1939. Finalmente, el libro registra la aparición de la Liga Árabe, ensayo

medianamente afortunado de aglutinación árabe, puesta a prueba, y no con felicidad por cierto, por la aparición del sionismo como poder político en Palestina.

Lo más interesante del libro es, sin duda, su capítulo IV, «Los intereses de las grandes potencias», en el que se expone una sintética visión de los intereses y de la actitud que frente al mundo árabe y sus problemas mantienen Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia. Visión forzosamente individualizada dado el punto de vista galo, pero quizá por esto mismo digna de conocer y retener en el futuro.

De todas maneras, para el no iniciado que quiere a través de una rápida lectura imponerse elementalmente en la cuestión, el libro bien merece una lectura y un hueco (no muy amplio) en la biblioteca.—J. M. C. T.



# RESEÑA DE REVISTAS

